

Repensando el mapa de nuestra realidad

La vida religiosa es una realidad carismática, no un simple fenómeno sociológico, a pesar de su debilitamiento, de sus actuales limitaciones está henchida de inéditas posibilidades, como ha demostrado a lo largo de los siglos la iglesia.

“Es una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial” (VC37.)

La reestructuración de institutos, comunidades y obras no debe ser entendida solamente como un cambio de estructuras o un replanteamiento, sino como una **“resignificación” carismática** de la presencia de los religiosos entre la gente, entre los pobres y quienes han perdido la esperanza. Ante el reto que el tema del futuro de la vida religiosa plantea a la reflexión de quienes tienen la responsabilidad de animar los institutos o las comunidades religiosas, es más necesario que nunca enfrentarse hasta el fondo a las cuestiones y problemáticas, no sólo para intentar comprender lo que está sucediendo a nuestro alrededor, sino también para hallar vías de solución.

Entre los distintos ejercicios de reflexión, no podía faltar un espacio dedicado al discernimiento de la reestructuración y reorganización de nuestras instituciones. Todos andamos repensando el mapa de nuestras provincias. Vivimos en tiempos de reducción. Pero reducción no significa necesariamente, como piensan algunos, caminar hacia el ocaso como final o acabamiento. Ocaso significa también el final de un día que dará paso, no sin antes atravesar una larga noche, a una nueva aurora, a un nuevo amanecer. La noche es tiempo privilegiado para discernir, para intuir, para orar, para la imaginación creativa... Recuperar la identidad carismática: Es decir» revitalizar el carisma y la espiritualidad propia, revitalizar así mismo la misión que brota del carisma. Nuestra misión básica no es **hacer** cosas (razón instrumental), sino **ser** vida religiosa (razón simbólica). Ante todo, debemos ser testigos del Evangelio, maestros espirituales. La comunidad *religiosa* debe ser centro y fuente de espiritualidad para la Iglesia y para la sociedad.

El proceso se pone en marcha ante la necesidad de resituarnos mejor en el contexto de la realidad y de reforzar el carisma para poder afrontar mejor la renovación de la Vida Consagrada y los desafíos de la realidad social, el mundo juvenil y las nuevas pobrezas.

Urge reorganizar y reestructurar nuestras instituciones en esta noche larga de invierno marcada por la reducción. ¿Para qué? ¿Qué buscamos con ello?, ¿sobrevivir o mirar más lejos para renovarnos y prepararnos para un futuro que se adivina distinto? ¿Para apuntalar estructuras de mantenimiento o para abrir nuevas presencias significativas para hoy? ¿Qué queremos poner en el centro, la renovación de las personas o salvar como sea las instituciones?

¿Qué significa, entonces, dar vitalidad a las comunidades religiosas para que sean re-significadas en su ser y en su actuar? Quiere decir, ante todo, dar vitalidad vocacional, o sea, hacer que la vocación vuelva a encontrar su razón de ser profunda en la misión, en la tarea eclesial o civil que le ha sido confiada. Significa hacer que la **espiritualidad** y el **carisma** dé unidad y sentido a la vida: no podrá haber una tarea o misión significativa sin el núcleo central que mueve todo.

De nuevo la clave está en el discernimiento:

“Señor, ¿qué quieres de nosotras aquí y ahora?”

Tomado de: **“Caminando hacia la aurora”**.

Reorganización de estructuras en la vida Consagrada, de Aquilino Bocos Merino, cmf.